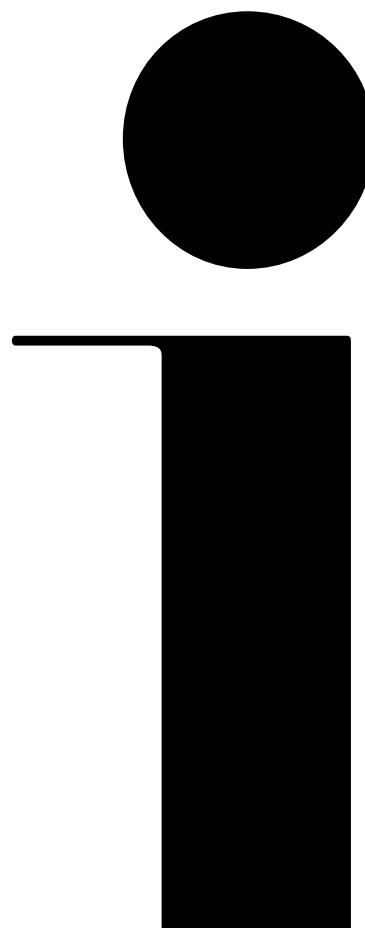


LADY

Pocas personas han vivido bajo el escrutinio público como ella. Esta princesa sobrepasó los límites de la realeza para convertirse en una figura imprescindible de la cultura pop. Su vida, que parecía destinada a ser un cuento de hadas, fue una tragedia cuyo final, hace dos décadas, sigue dando de qué hablar.

Por Mónica Isabel Pérez



Se cuenta que un día de los tempranos años 90, un periodista le preguntó a **Madonna** qué se sentía ser la segunda mujer más famosa del mundo. “¿La segunda?”, dicen que exclamó la Reina del Pop, “¿pues quién es la primera?”. La respuesta era obvia para todos, excepto, por lo visto, para la cantante: la princesa de Gales.

Hoy, a 20 años de su fallecimiento en un accidente automovilístico en París, **Diana Spencer** continúa intrigándonos. Lo demuestran los más de 17 millones de resultados que arroja Google cuando se busca “Diana de Gales”, una cantidad sustanciosa que aumenta a más de 23 millones si se escribe “Lady Di”. Pese a su ausencia, aún es noticia: hay teorías de la conspiración alrededor de su muerte, pruebas para negar estas mismas, nuevas cintas de confesiones, distintas biografías, documentales, películas... La fascinación que provoca no es gratuita. Más allá de su belleza, su sentido de la moda y, por supuesto, su pasión por la filantropía, fue su desgracia pública la que atrajo los ojos del mundo a Buckingham, un palacio gris, habitado por una familia que, comandada por **Isabel II**, se distinguía por la estabilidad de su carácter fuerte y frío.





Su boda, en Saint Paul, fue muy esperada por todos.



“Mientras caminaba hacia el altar la estaba buscando [a Camilla]. Sabía que estaba allí. [Pero] Recuerdo estar tan enamorada de mi marido que no podía apartar mis ojos de él. Pensaba que era la chica más afortunada del mundo. Que él iba a cuidarme. ¡Estuve equivocada en esa suposición!”.



Sus hijos, William y Harry.

Los ingleses, acostumbrados a la inexpresividad de la Corona (un protocolo para el que sus miembros son aleccionados desde edades tempranas, ya que una sola expresión facial o corporal puede implicar la opinión política), recibieron con afecto la integración de una princesa que no parecía figura de hielo, sino, por fin, una persona real, capaz de mostrar alegría y aflicción en público. Lady Di a veces reía a carcajadas, otras hacía muecas de disgusto y, en más de una ocasión, dejó salir algunas lágrimas. Fue debido a esa “desfachatez emocional”, por llamar de alguna forma a su comportamiento, que la gente, sintiéndola más cercana, la colocó como su evidente figura favorita de la familia real, lo que resultaba incómodo no solo para su suegra, la reina Isabel II, sino aun para su esposo, **Carlos**, que no contaba ni con la cuarta parte de simpatizantes, pese a ser el heredero al trono.

Pero el amor público también tiene un lado B. Mientras la gente la llamaba “la Reina de Corazones”, ya que había conquistado a todos con su vulnerabilidad y generosidad, no había un paso que pudiera dar sin llevar tras de sí a todo un séquito



Carlos y Diana en su último viaje juntos.

de fotógrafos que la perseguían para conseguir las imágenes de portada del día siguiente. Su relación con la prensa fue un arma de doble filo. Le daba poder, a veces ella los convocaba para llamar la atención sobre ciertos temas que iban desde publicitar una causa benéfica hasta un romance, pero también la cobertura eterna de sus acciones le restaba intimidad y contribuyó a empeorar su carácter ansioso y depresivo.

Un cuento trágico

La de Diana y Carlos de Gales fue la boda que marcó la década de los 80. Era el verano de 1981, y de la catedral de Saint Paul salieron los novios rodeados de un halo que los hacía lucir como final de película de Disney. Gente de todo el mundo siguió la transmi-



Su peinado corto fue sugerencia de su amiga Donatella, quien le dijo que así “luciría libre”. Siempre tenía un estilista a su lado antes de cualquier evento.



sión televisiva que registró más de 750 millones de espectadores. No había Internet y, aun así, decenas de naciones se habían conectado y concentrado en un mismo evento gracias a sus pantallas. La novia, enfundada en un enorme vestido de hombreras hecho por los diseñadores **Elizabeth** y **David Emanuel**, sonreía tímida y feliz. Pero cuando pensaba que las cámaras la descuidaban, se veía seria y desconfiada. Ya desde ese primer día de aparente ensueño, Diana Spencer estaba viviendo un tormento: entre los invitados a la boda se encontraba **Camilla Parker-Bowles**, antigua novia del príncipe Carlos, que se convertiría muy pronto en su mayor antagonista.

Carlos y Camilla compartían un pasado intenso

Si su relación no había culminado en matrimonio era porque, pese a tener perfil de alumnia, Camilla no fue considerada para el puesto de futura reina de Inglaterra. De esta forma comenzó la búsqueda de una esposa para el príncipe, de 32 años, quien encontró en Diana a la persona ideal para “cubrir la vacante”. Era joven, 13 años menor que él, guapa, de una familia aristócrata, y virgen. Se comprometieron en febrero de 1981 y la boda se realizó cinco meses después. Diana, que cumplía años el 1 de julio, tenía 19 cuando todo eso pasó. No había crecido acompañada de una educación protocolaria que la preparara para el giro que había tomado su vida. Era, de hecho, una adolescente cuando llegó a Buckingham y no había tenido una relación seria con otro hombre; provenía de un hogar fragmentado y sus deseos de tener

uno le hacían olvidar que la realeza no ofrece esa calidez. Al parecer, así como la gente que veía el enlace por televisión, ella pensaba que su casamiento con el príncipe debía traerle un “felicis para siempre” y no lo que en realidad aconteció: desde ahí (e incluso antes de llegar al altar) su existencia se convertiría en un infierno. En las cintas de audio que el tabloide *Daily Mail* decidió hacer públicas, grabadas en 1991 en una extensa entrevista que el escritor **Andrew Morton** le hizo para escribir la biografía *Diana: Her True Story* (1992), se escucha decir a la princesa que comenzó a pasarla mal apenas inició su compromiso. Cuenta que se encontraba con Carlos cuando él puso una mano en su cintura y le dijo: “Un poco gordita de aquí, ¿verdad?”. Eso catalizó una ansiedad la cual ya había nacido con sus sospechas sobre lo que pasaba entre Carlos y Camilla, y derivó en bulimia, desorden alimentario que la siguió buena parte de sus días: “Eso disparó algo en mí. La primera vez que me midieron el vestido nupcial tenía 73 centímetros de cintura. El día que me casé medía 60. Me había reducido a nada de febrero a julio”. Se dice que esa misma

noche, en compañía de su hermana se dio un atracón de comida que no tardó en vomitar. Y esa práctica, digamos, “se le quedó”. “Estaba emocionada porque pensé que era una liberación de tanta tensión”, dijo.

Sobre las miradas furtivas el día de su matrimonio también habló: “Mientras caminaba hacia el altar la estaba buscando [a Camilla]. Sabía que estaba allí. [Pero] Recuerdo estar tan enamorada de mi marido que no podía apartar mis ojos de él. Pensaba que era la chica más afortunada del mundo. Que él iba a cuidarme. ¡Estuve equivocada en esa suposición!”.

El otro lado de Diana

Desde ese entonces, esto es lo que el mundo vio: una princesa pura y hermosa casada con un frío príncipe que la despreciaba y la humillaba adorando, en cambio, a una mujer fea. Diana, en lugar de dejarse caer, se entregaba a ayudar a los desamparados, a luchar por el derecho de cuidar ella misma a sus propios hijos, pese a todo, seguir luchando por conseguir el amor del caprichoso hijo de la reina.

Por supuesto, tenía razones para sufrir. Cualquiera lo hace cuando lo que parece un don se convierte en una maldición. Se había ganado el cariño mundial desde su primera aparición pública, pero por más

Su característico sentido del humor la hizo ganar el corazón de los británicos.



“Y yo sé que puedo darles amor por un minuto, por media hora, por un día, por un mes... algo puedo dar y soy feliz de hacerlo”.



El cardiólogo británico de origen paquistaní Hasnat Khan (ABAJO) fue considerado por muchos como el amor de su vida, y ella lo describía como “Mr. Wonderful”. Su relación duró poco más de dos años.



aprobación o tiara real que usara, no podía ostentar la entrega de su esposo Carlos de Gales. Sabiéndolo desde su luna de miel, Diana, según lo que publicó el *Daily Mail*, intentó quitarse la vida durante su estancia en Balmoral, la casa de descanso que la familia real tiene en Escocia y donde ella pasó los días que siguieron al matrimonio. “Estuve muy deprimida”, confiesa, “y traté de cortarme las venas con navajas de afeitar”.

Al poco tiempo de la ceremonia, se anunció el primer embarazo. Para entonces la bulimia ya había avanzado y el acecho de la prensa, que quería captar lo abultado de su vientre, empeoró. Hoy se sabe que, en su desesperación, discutió con el príncipe y decidió tirarse de unas escaleras del palacio frente a él. Se cuenta que la reina atestiguó el hecho y comenzó a considerar que la conducta de su nuera era “peligrosa”. La depresión posparto, que sufrió luego del nacimiento del príncipe **William**, tal vez reforzó esa percepción.

Esa clase de acciones inmaduras y dramáticas eran, al parecer, una constante en el repertorio de Diana. Y su efecto, si es que ella esperaba recibir comprensión del príncipe, resultaba lo contrario. Carlos le pedía que se detuviera y que se portara “como una mujer respetable”. En una entrevista que dio al programa *Panorama*



Camilla hizo público su amorío con Carlos cuando la pareja real seguía casada.

de la BBC en 1995, ya separada, pero aún no divorciada, ella le dijo al conductor **Martin Bashir** que la depresión en la que la había sumido su matrimonio permitió que la gente la tildara de inestable, “Diana tiene un desequilibrio mental... Por desgracia, esas etiquetas han prevalecido con

los años. [...]”. Luego, cuando Carlos anunció que, pese a que los dos estaban casados, él y Camilla mantenían su relación, la depresión de la royal aumentó. “Algunos amigos de mi esposo le decían que mi inestabilidad había vuelto, que estaba enferma y que debía ponerme en algún hogar especial para que mejorara. Yo lo que tenía era que estaba muy avergonzada”, dijo a la BBC.

La otra cara de las cosas

Visto a la distancia, el problema principal de la inglesa tenía que ver con su incomprensión sobre el papel asumido cuando aceptó el anillo de compromiso, mismo que hoy tiene en su poder la duquesa de Cambridge, **Kate Middleton**, esposa de su hijo William. “Convertirme en reina nunca pasó por mi mente cuando me casé con mi esposo”, le dijo a Bashir. ¿Era en verdad tan ingenua como para no haber pensado en las implicaciones que tenía su enlace más allá de si su esposo la amara o no?

La contraparte es imaginar a Carlos y Camilla por completo enamorados. Verlos aceptar el hecho de que no podrán estar de manera oficial juntos debido al cargo de Carlos. Luego, saber que intentan estar unidos a pesar de todo. Observar a Camilla en la boda del hombre que ama, y luego ver a Carlos soportar los matrimonios de ella. Ambos

Muchos coinciden: era una romántica sin remedio, idealizaba el amor, se obsesionaba con los hombres de los que se enamoraba. No consiguió el afecto del príncipe, pero tuvo varios amantes.

queriendo acompañarse aun, en medio de ellos, estando una joven que quiere, con desesperación, sentirse amada, y para conseguirlo, lanza señales que ahuyentan, como tirarse de unas escaleras. Es fácil identificarse con el pesar de Diana, pero basta ponerse en el lugar del príncipe para entender algunas de sus reacciones.

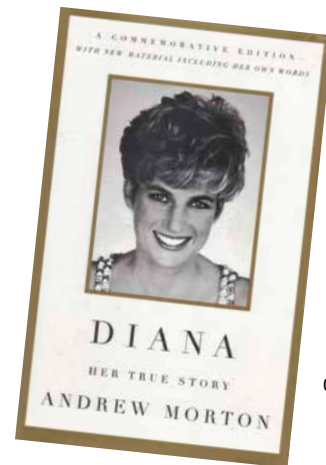
En el libro *Diana: Her True Story*, Andrew Morton recopiló entrevistas que hizo a personas cercanas a la princesa. Muchos coinciden: era una romántica sin remedio, idealizaba el amor, se obsesionaba con los hombres de los que se enamoraba. No consiguió el afecto del príncipe, aunque tuvo varios amantes (deportistas, actores, empresarios, doctores, guardaespaldas) y admitió haber sido infiel también en la entrevista con la BBC. En el documental *The Last 100 Days of Diana*, realizado por Martin Bashir, **Tina Brown**, autora de *The Diana Chronicles*, habla sobre este rasgo: “Quería poseer a los hombres, tenerlos a su lado todo el tiempo”. Sin duda, podía ser obsesiva. El guardia real **Ken Wharfe** confesó que ella le hacía tantas llamadas al corredor de arte **Oliver Hoare**, su ex amante, que había comenzado a molestar a

la esposa; y alguna vez le pidió a su amigo **Roberto Devorik** que la llevara afuera del departamento de Hoare para ver “si había luz en su ventana”.

Con más intensidad se comportó con el doctor **Hasnat Khan**, a quien conoció en 1995 y con quien mantuvo una álgida relación de dos años, terminando con la negativa de este a casarse, ya que ella atraía demasiada atención pública. Su mayordomo **Paul Burrell** (quizá su mejor amigo y confidente) ha dicho en varias ocasiones que Khan “fue el gran amor de la princesa”, reduciendo a su última pareja, el millonario egipcio **Dodi Al-Fayed**, a una relación casual cuyo lazo más fuerte fue el hecho de morir juntos.

Empatía, su gran don

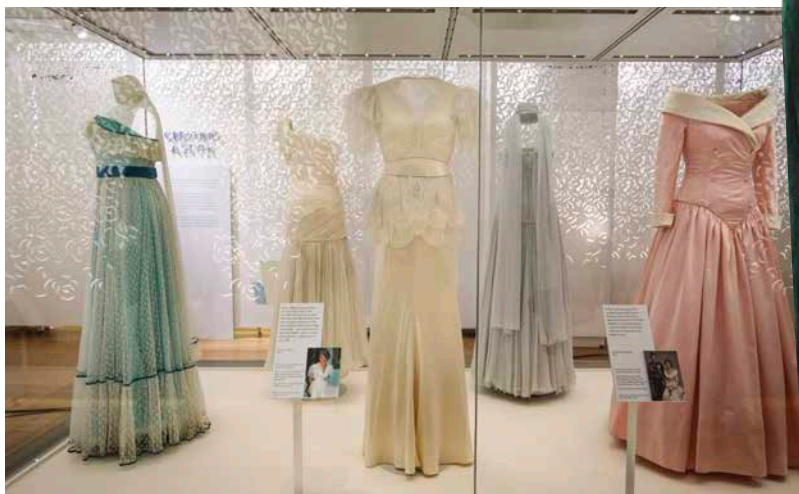
Diana, a quien el mundo vio cruzar campos minados, atender a los enfermos y a los necesitados, tenía un talento especial para conectar con la gente, unas ganas auténticas



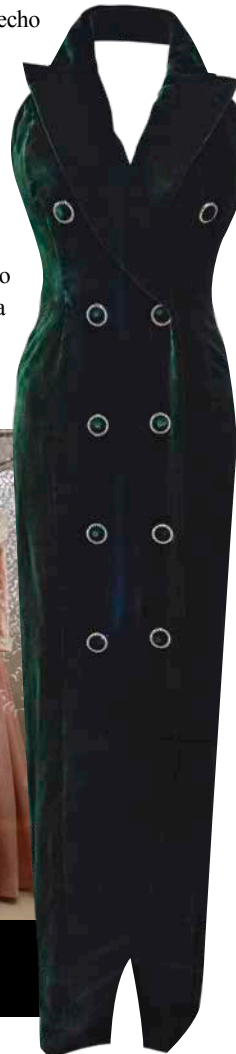
El libro *Diana: Her True Story*, también se llevó a la pantalla chica en 1993.



Su tradicional tiara fue heredada por Kate Middleton.



La exhibición *Diana: Her Fashion Story* es un homenaje a su estilo, 20 años después de su muerte. Se muestra en el palacio de Kensington.



de ayudar y generar lazos. Se identificaba con los moribundos, los adictos y todos los “rechazados sociales”, según dijo ella misma, porque pensaba que el mayor mal en el planeta era la falta de afecto. “Y yo sé que puedo darles amor por un minuto, por media hora, por un día, por un mes... algo puedo dar y soy feliz de hacerlo”. Y vaya que el orbe la vio entregarse a las causas humanitarias. Y por eso es tan dramático el hecho de que alguien quien podía dar y recibir ternura de multitudes, sintiera tanta desolación por no hallar una pareja. Esta desesperación por el romance es algo que Andrew Morton (habiendo desentrañado tantos secretos para escribir su biografía) atribuyó a la búsqueda incansable de una figura paterna, sus padres se separaron en 1969, cuando ella tenía ocho años.